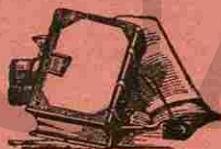


# Cuarta Carta Pastoral

—del Ilmo. Sr.—

## DR. D. LEOPOLDO RUIZ,

—OBISPO DE LEON.—



BX874  
.R85  
C8  
1902  
c.1

LEON -1.002.

Imprenta y Encuadernación de Zenón Izquierdo

BX874

.R85

C8

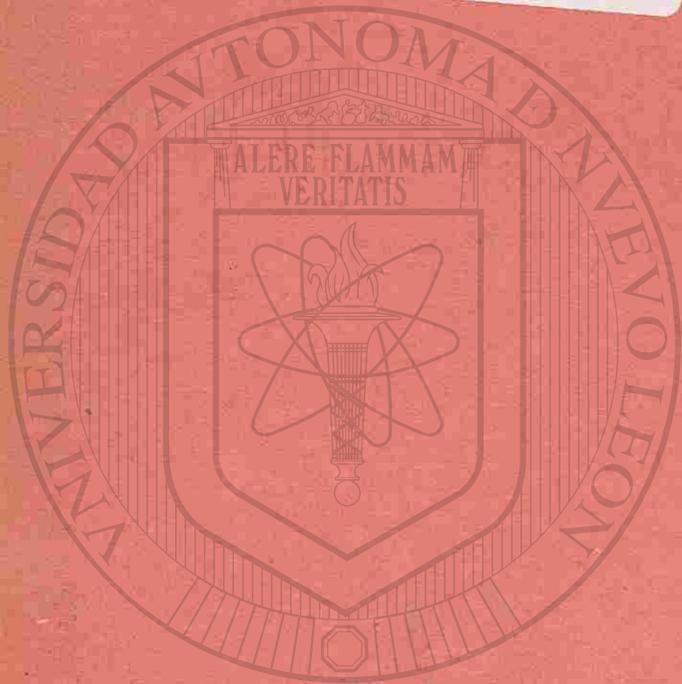
1902

c.1

003570



1080027324



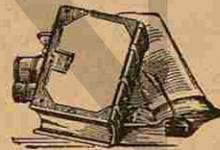
2 Cuarta Carta Pastoral 7

—del Ilmo. Sr.—

DR. D. LEOPOLDO RUIZ,

—OBISPO DE LEÓN.—

UANI



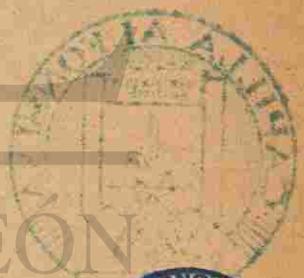
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEÓN —1902.

Imprenta y Encuadernación de Zenón Izquierdo.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

40773



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Talleres de Imprenta de Z. Izquierdo.—Oratorio nº 25.

Nos, el Dr. D. Leopoldo Ruiz, por la gracia de Dios y de la Sta. Sede Apostólica, Obispo de León.

Al M. Ilustre Sr. Dean y Cabildo de esta Sta. Iglesia Catedral, al V. Clero Secular y Regular, y á todos los fieles de la Diócesis, salud y bendición en Jesucristo Ntro. Señor.

Venerables hermanos é hijos nuestros:

En medio de la alegría que siente el mundo católico por el singular beneficio que el Dios de las bondades, dueño de la vida y de la muerte, se ha dignado concederle, conservando de manera tan maravillosa la vida de Nuestro Smo. Padre el Sr. León XIII, la augusta voz del Venerable Anciano se ha dejado oír por todo el orbe, pero con acento que respira el más vivo dolor, á causa de la encarnizada persecución que en todas partes se hace á la Esposa de Jesucristo Ntro. Señor, la Sta. Iglesia Católica.

Las palabras de un padre moribundo son sagradas para sus hijos: así quiere el Padre Santo que sean las de su última Encíclica para todos los que tenemos la dicha de con-

003570

tarnos entre sus hijos. "Sea acogida, dice él, nuestra palabra como testamento que, poco distantes como estamos de las puertas de la eternidad, queremos legar á las Naciones todas con deseos y votos del bienestar común."

Quiere además el Padre Santo que las palabras de su carta vayan dirigidas, no sólo á los fieles hijos de la Iglesia Católica, sino también á los que de ella se han emancipado, lo mismo que á los desdichados que no creen; "pues todos, dice, son hijos del mismo Padre y creados para la misma eterna felicidad."

¡Ojalá que los pocos habitantes de esta Diócesis que se hallen fuera de la Iglesia Católica escuchen la voz del Vicario de Cristo y dejando á un lado preocupaciones infundadas abracen la fé católica única fuente de felicidad y sólo fundamento de la eterna salvación!

Con precisión y claridad admirables enumera el Padre Santo los males que afligen á la Iglesia y á la sociedad, señalando después para todos ellos los remedios infalibles. Quizá nosotros mismos tengamos alguna culpa en esos males que Dios ha podido permitir en castigo de pecados que habrá dejado pasar impunemente nuestra indiferencia. En caso de que nos encontremos culpables, renovémonos en el espíritu de la rectitud, profesemos con santa libertad nuestra sacrosanta Religión, y alejemos de nosotros y de los nuestros cuanto pueda hacernos cómplices de los enemigos de la fé cristiana.

Escuchemos con la debida piedad la voz de Ntro. Santísimo Padre:

## LEON PAPA XIII.

Venerables Hermanos: salud y bendición apostólica.

Habiendo llegado al año vigésimo quinto de Nuestro Apostólico ministerio y asombrado Nos mismo de lo largo de la carrera que en medio de amargos y continuos cuidados hemos recorrido, Nos sentimos muy naturalmente inclinado á levantar Nuestro pensamiento á Dios, siempre bendito, que entre otros muchos favores se ha dignado concedernos un Pontificado de duración tal que apenas registra la historia algunos semejantes. Así es que al Padre de todos los

acogada, finalmente, como testamento, que, á la corta distancia en que Nos hayamos de las puertas de la eternidad, queremos dejar á los pueblos, á modo de presagio de la salud que á todos deseamos.

En todo tiempo ha tenido que luchar y padecer por la verdad y la justicia la Iglesia santa de Cristo. Instituida por el mismo divino Redentor para propagar en el mundo el reinado de Dios, ha de conducir á la humanidad decaída, alumbrándola con los resplandores de la ley evangélica, á su inmortal destino, es decir, ha de ponerla en posesión del infinito bien que Dios no tiene prometido, y á cuya altura jamás llegaríamos por solas nuestras fuerzas: misión divina, que no puede cumplir sin chocar en las innumerables pasiones que nos legó el antiguo pecado y la corrupción que el pecado introdujo, soberbia, codicia, desordenado amor de los goces materiales, y contra los vicios y desórdenes que todo eso produce, todos los cuales han encontrado en la Iglesia el freno más poderoso.

El hecho de tales persecuciones no debe maravillarnos. ¿Acaso no fueron anunciadas por el divino Maestro y no sabemos que durarán tanto como el mundo? Y, en efecto, ¿que dijo á sus discípulos el salvador cuando les envió á derramar el tesoro de su doctrina en todas las naciones? Nadie lo ignora: "Sereis perseguidos de ciudad en ciudad á causa de mi nombre; sereis odiados y vilipendiados; sereis llevados á los tribunales y condenados á los mayores castigos" Y para animarles á soportar tales pruebas, El mismo se les dió en ejemplo: "Si el mundo os aborrece, sabed que primero que á vosotros me aborreció á mi." "Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit." (1) Esas son las alegrías, esos los premios que el divino Salvador nos promete en la tierra.

Quien juzgue sana y sencillamente de las cosas jamás podrá descubrir la razón de semejante odio. ¿A quién ofendió jamás el divino Redentor, ni en qué vino nunca á desmerecer? Habiendo bajado del cielo á impulso de infinita caridad predicó una doctrina intachable, consoladora, adecuada cuan-

[1] San Juan, XV, 18.

to no se puede ponderar para unir fraternalmente á todos los hombres en la paz y el amor. No vino á ambicionar grandezas terrenas, ni honores mundanos, ni usurpó el derecho de nadie; sino, muy al contrario, se vió mostrarse infinitamente compasivo con los débiles, los enfermos, los pobres, los pecadores y los oprimidos, de modo que pasó por el mundo derramando entre los hombres á manos llenas celestiales beneficios. Fué, pues, sencillamente un exceso de malicia de parte de los hombres, exceso tanto más lamentable cuanto fué más injusto; y, según la profecía de Siméon, el Salvador se hizo blanco de contradicción en la tierra: "Signum cui contradicetur." (1)

Siendo esto así, ¿hay razón para maravillarse de que la Iglesia católica, que la continuadora de la divina misión de Nuestro Señor Jesucristo y la incorruptible Depositaria de su verdad, no se haya librado de la suerte que cupo á su Fundador? El mundo no varía. Al lado de los hijos de Dios se hallan siempre los secuaces del gran enemigo del género humano, de aquel que rebelde desde el principio con el Altísimo, es llamado en el Evangelio príncipe de este mundo. Y ved ahí por qué, en frente de la ley divina y de quien se la presenta en nombre de Dios, este mundo siente hervir y levantarse dentro de sí propio un espíritu de independencia, á que no tienen ningún derecho. ¡Ah! ¡Cuántas veces, con inaudita crueldad, con descarada injusticia; cuántas veces, en las épocas más revueltas y para evidente ruina de la sociedad, los enemigos de la Iglesia se han formado en columnas cerradas á fin de destruir la obra de Dios!

Si un género de persecución resultaba ineficaz, se probaba otro. Durante tres largos siglos, el imperio romano, abusando de la fuerza bruta, sembró todas sus provincias con los cuerpos de nuestros mártires y enrojeció con su sangre el suelo todo de esta sagrada ciudad. Luego la herejía, unas veces disfrazada, otras á cara descubierta, recurrió á los sofismas y á toda suerte de pérfidos artificios para desgarrar la armonía de la Iglesia y su unidad. Como tromba devastadora se desencadenaron después, por el Norte, los bárbaros

(1) San Lucas, II, 34.

hombres, á Aquel que guarda el misterioso secreto de la vida, dirigimos Nuestro himno de acción de gracias por imperioso movimiento de Nuestro corazón. Y ciertamente, la mirada del hombre no puede llegar hasta lo íntimo de los designios del Señor en la prolongación, superior á toda esperanza, de los días de Nuestra ancianidad, punto en que no Nos cabe sino la adoración y el silencio. Mas, á pesar de ello, hay algo que sabemos perfectamente y es que, si le plugo, si le place todavía, conservar Nuestra existencia, Nos incumbe un grandísimo deber: el de vivir para bien y engrandecimiento de su Esposa inmaculada, la Santa Iglesia, y lejos de desanimarnos por cuidados y fatigas, consagrarla lo que Nos reste de fuerzas hasta Nuestro postrer aliento.

Luego de haber pagado el debido tributo de gratitud á Nuestro Padre celestial, á quien pertenece eternamente todo honor y gloria, gratisimo Nos es volver á vosotros Nuestro pensamiento y dirigiros la palabra, Venerables Hermanos, porque, llamados vosotros por el Espíritu Santo á gobernar escogidas porciones del rebaño de Cristo, participáis de esa manera con Nos en las luchas y los triunfos, en los dolores y las alegrías del ministerio Pastoral. No; jamás se borrarán de Nuestra memoria las abundantes y repetidas pruebas de religiosa veneración que Nos habeis prodigado durante el curso de Nuestro pontificado, y que todavía multiplicais, con amorosa emulación, en los actuales momentos. Unido ya íntimamente á vosotros por deber y por paternal amor, esas pruebas, que Nos son gratas sobre todo encarecimiento, Nos aprietan á vosotros con mayor fuerza, no tanto por lo que afectan á Nuestra persona, como por la inviolable adhesión que declaran á esta apostólica Sede, centro y columna de todas las de la catolicidad. Si siempre ha sido necesario que en los diversos grados de la jerarquía eclesiástica, todos los hijos de la Iglesia se mantuvieran con gran celo unidos por los vínculos de una recíproca caridad y la consecución de unos mismos designios, de manera que no tengan sino un sólo corazón y una sóla alma, esta unión ha venido á ser en nuestros tiempos más indispensable que nunca. Y, efectivamente, ¿quién puede ignorar la inmensa conjuración de fuerzas hostiles que tiende ahora á arruinar

y á hacer que desaparezca la obra máxima de Jesucristo, procurando con encarnizamiento que no conoce límites, arrebatar al hombre, en el orden intelectual, el tesoro de las divinas verdades, y arrancar de raíz, en el orden social, las instituciones cristianas más santas y saludables? Todo esto vosotros mismos lo observais diariamente; vosotros, que Nos habeis expresado más de una vez vuestra alarma y vuestra angustia, deplorando la multitud de preocupaciones, de errores y de falsos sistemas, en que impunemente se imbuía á la multitud. ¡Cuántos lazos no se tienden por doquier contra las almas inocentes! ¡Cuántos obstáculos no se amontonan para debilitar, y, cuanto sea posible, anular la acción de la Iglesia! Y entre tanto, como para añadir la befa á la injusticia, se dice de la misma Iglesia que no sabe recobrar su antigua virtud y que es importante para eucauzar el torrente de desbordadas pasiones que amenaza arrasarlo todo.

Bien querríamos hablaros, Venerables Hermanos, de asunto menos triste y más conforme á la feliz coyuntura que Nos mueve á dirigiros la palabra; mas nada autoriza otro lenguaje, ni las pruebas por que atraviesa la Iglesia, que exigen con las mayores instancias un rápido auxilio, ni la condición de la sociedad contemporánea, la cual, hondamente trabajada en el orden moral y material, se encamina á más sombrío porvenir con el abandono de las grandes tradiciones cristianas, porque, en virtud de una ley providencial, confirmada por la historia, no se puede atentar contra los grandes principios religiosos sin conmover al mismo tiempo las bases del orden y de la prosperidad social. En tales circunstancias, para que las almas recobren aliento y para aprovisionarlas nuevamente de fé y valor, Nos parece que será oportuno y útil considerar atentamente en su origen, en sus causas y en sus múltiples formas, la guerra implacable que se mueve á la Iglesia y declarando las funestas consecuencias que entraña, señalar su remedio. Resuene, pues, muy alto Nuestra palabra, aun cuando ha de recordar verdades afirmadas en otras ocasiones; sea oída, no solamente por los hijos de la unidad católica, sino también por los disidentes, y hasta por los infelices que nada creen, ya que todos son hijos del mismo Padre y todos están destinados al mismo y supremo bien; sea

y el islamismo por el Mediodía, dejando por dondequiera que pasaban montones de ruinas en inmensos desiertos. Así se transmitió de siglo en siglo la triste herencia del odio con que siempre luchó la Esposa del Cordero. Entonces sobrevino un cesarismo, tan desconfiado como potente, envidioso de la ajena grandeza por mucho que hubiera desarrollado la propia, y que se aplicó de nuevo á dirigir continuos asaltos á la Iglesia para arrebatarla sus derechos y pisotear su libertad. Estalla el corazón de sentimiento contemplando esta Madre abrumada con tanta frecuencia de indecibles angustias y dolores, á pesar de lo cual, triunfante de todos los obstáculos, de todas las violencias y de todas las tiranías, siempre fué alzando en nuevos territorios sus pacíficas tiendas, salvaba de la destrucción el glorioso patrimonio de las artes, de la historia, de las ciencias y las letras, y, comunicando profundamente el espíritu del Evangelio á todo el cuerpo social, creaba la civilización cristiana, á que deben los pueblos, sometidos al benéfico influjo de la Iglesia, la equidad en sus leyes, la suavidad de costumbres, la protección á los desvalidos, la piedad para con los pobres y desdichados, el respeto á los derechos y dignidad del hombre, y por todo eso, y cuanto es posible en medio de las fluctuaciones humanas, aquella paz de la vida social que procede del prudente consorcio de la justicia y la libertad.

Estas pruebas de la intrínseca bondad de la Iglesia son tan sublimes y brillantes como continuas, no obstante lo cual, al modo que sucedía en la Edad Media y durante los primeros siglos, también en épocas más cercanas á nosotros, vemos á la Iglesia combatida, en cierto sentido más dolorosamente que nunca. A consecuencia de antecedentes históricos, ya bien conocidos, la llamada Reforma levantó en el siglo XVI el estandarte de la rebelión y, resuelta á herir á la Iglesia en el corazón mismo, combatió contra el Pontificado, cortó los preciosos vínculos de la antigua unidad en la autoridad y la fe que, centuplicando muchas veces la fuerza, el prestigio y la gloria, gracias á la armoniosa concordia en unos mismos propósitos, había reunido á todos los pueblos bajo un sólo cayado y un sólo pastor, é introdujo en las filas cristianas un principio funesto de lamentable disgregación.

No afirmamos con esto que desde el principio de aquel movimiento hubiera el propósito de desterrar el principio cristiano del seno de la sociedad; mas negando, por una parte, sumisión á la supremacía de la Sede de Roma, causa efectiva y lazo de unidad, proclamando, por otra, el principio del libre exámen, conmovía hasta en lo más hondo de sus cimientos el divino edificio, y se abrió el camino á infinitas variaciones, á la negación, á la duda en asuntos de la mayor importancia, en términos que la realidad sobrepujo las previsiones de los mismos novadores.

Abierto así el camino, surgió entonces el filosofismo orgulloso y burlón del siglo XVIII, que fué más adelante. Hizo chacota de los libros de la Sagrada Escritura y rechazó en junto las verdades divinamente reveladas, y lo hizo con el fin de arrancar de la conciencia de los pueblos toda creencia religiosa y borrar en ellos hasta el postrer vestigio del espíritu cristiano. De esta fuente manan el racionalismo y el panteísmo, el naturalismo y el materialismo, sistemas funestos y deletéreos que reinstauraron con nuevas apariencias antiguos errores, ya victoriosamente refutados por los Padres y los doctores de la Iglesia, de suerte que el orgullo de los siglos modernos, por exceso de confianza en sus propias luces, quedó herido de ceguera y al modo que le sucedió el paganismo, vive de quimeras, aun en aquello que especialmente concierne á los atributos del alma humana y á los inmortales destinos que constituyen su glorioso privilegio.

La guerra contra la Iglesia tomó así un carácter de mayor gravedad que en el pasado, no tanto por la vehemencia del ataque, cuanto por su universalidad. La incredulidad contemporánea no se limita, en efecto á poner en duda, ó negar, esta ó la otra verdad de fé. Sus ataques se dirijen al conjunto mismo de principios que la revelación consagra y la verdadera filosofía sostiene, principios santos y fundamentales que declaran al hombre el objeto final de su paso por la vida, que le sostienen en el cumplimiento de sus deberes, que le infunden en el alma fortaleza y resignación, y que, prometiéndole una justicia incorruptible y una felicidad completa más allá de la muerte, le enseñan á subordinar el tiempo á la eternidad, la tierra al cielo. ¿Y con qué se re-

empañan estas máximas, estos incomparables consuelos que suministra la fé? Con un espantoso escepticismo, que hiela los corazones y ahoga en las conciencias toda aspiración generosa.

Como vosotros lo veis, Venerables Hermanos, harto han trascendido estas funestas doctrinas del campo de las ideas á la vida exterior y la esfera pública. Grandes y poderosos Estados no cesan de practicarlas, imaginando que así trabajan por la civilización y se colocan á la cabeza del progreso. Y como si los poderes públicos no debieran concentrar en sí mismos y reflejar cuanto hay de más sano en la vida moral, se creen relevados de la obligación de honrar á Dios públicamente, y sucede con sobrada frecuencia que, alardeando de permanecer indiferentes con todas las religiones, de hecho mueven guerra á la única establecida por Dios.

Este sistema de ateísmo práctico debía acarrear, y, efectivamente, ha acarreado, una profunda perturbación en la esfera de la moral; porque, como ya lo entrevieron los sabios más famosos de la antigüedad pagana, la religión es el principal fundamento de la justicia y la virtud. Cuando se rompen los lazos que unen al hombre con Dios, Legislador soberano y Juez universal, ya no queda sino un fantasma de moral, moral exclusivamente civil, ó como suele llamarse, independiente, la cual, haciendo abstracción de toda razón eterna y toda ley divina, nos arrastra sin remedio por una fatal pendiente á la postrer consecuencia de proponer como ley del hombre el hombre mismo. Incapaz desde este punto de elevarse en alas de la esperanza cristiana hasta el supremo bien, ya no busca más aliento que el material en los goces y comodidades de la vida; se despiertan en él la sed de placeres, la codicia de riquezas, el immoderado deseo de rápidas y desmedidas ganancias, aun con ofensa de la justicia; en él se inflama toda suerte de ambiciones, y no sé qué febril y frenética avidez de satisfacerlas, aunque sea de un modo ilícito; por último, se apoderan de él, como dominadores, el menosprecio de las leyes y el desenfreno de las costumbres, los cuales, generalizándose, producen una verdadera decadencia de la sociedad.

¿Exageramos, por ventura, las tristes consecuencias de los dolorosos desórdenes de que hablamos? No, porque ahí está

á nuestro alcance la realidad, y la realidad confirmando sobradamente nuestras deducciones. Evidente es, en efecto, que si no se las rebustece cuanto antes, hasta las bases de la sociedad van á commoverse, y que envolverán en su ruina los grandes principios del derecho y de la moral eterna.

De ahí provienen los grandes daños que ha recibido todo el cuerpo social, comenzando por la familia. El Estado secular, sin acordarse de sus límites ni del fin esencial de la autoridad que le compete, ha puesto la mano en el vínculo conyugal, para profanarlo despojándole de su carácter religioso; ha usurpado, en cuanto le ha sido posible, el derecho que por ley natural asiste á los padres en cuanto se refiere á la educación de los hijos, y en muchas partes ha destruido la indisolubilidad del matrimonio, otorgando la función legal á la licencia, institución del divorcio. Conocidos son los resultados de semejantes extralimitaciones, y como han crecido cuanto no se puede decir el número de matrimonios, apenas esbozados por el estímulo de pasiones vergonzosas cuando ya disueltos en trágicas contiendas ó en escandalosas infidelidades. Y nada decimos de los hijos de estos matrimonios, inocente descendencia que queda abandonada ó pervertida, en unos casos por el mal ejemplo de los padres y en otros por el veneno que el Estado, oficialmente ateo, les suministra diariamente.

Al par de las familias se ve puesto en peligro el orden político y social, principalmente por las nuevas doctrinas, que, atribuyendo á la soberanía un falso origen, han destruido así su verdadero concepto. Porque si la autorización soberana procede formalmente del consentimiento de la multitud, y no de Dios, principio supremo y eterno de todo poder, pierde á los ojos de los súbditos su carácter más augusto y degenera en una soberanía artificial que tiene por fundamento bases inestables y movedizas, como la voluntad de los hombres, de la cual se la quiere derivar. ¿Y no vemos también las consecuencias de este error en las mismas leyes? Con harta frecuencia, en vez de ser la "razón escrita," esas leyes no expresan sino la fuerza del número y la voluntad predominante de un partido político. De esta manera se halaga el culpable apetito de la multitud y se aflojan las riendas á las pasiones del pueblo, hasta cuando turban la labo-

riosa tranquilidad de los ciudadanos, salvo el acudir en los casos extremos á la represión violenta y á la consiguiente efusión de sangre.

Una vez repudiados los principios cristianos, que tan poderosa eficacia tienen para sellar la fraternidad de los pueblos y hacer de la humanidad entera una especie de inmensa familia; una vez repudiados esos principios, poco á poco ha ido prevaleciendo en el orden internacional un sistema de envidioso egoísmo, merced al cual unas naciones miran á las otras, si no siempre con odio, por lo menos con desconfianza de rivales; de donde se sigue que en todas sus empresas se olvidan fácilmente de los grandes principios de moralidad y justicia y de la protección á los débiles y los oprimidos. En el deseo que los espolea de acrecentar indefinidamente su riqueza, las naciones solo miran ya á la ocasión y las circunstancias, á la utilidad del éxito y á la tentadora fortuna de los hechos consumados, seguras de que nadie las inquietará después en nombre del derecho y del respeto que le es debido: principios funestos, que han proclamado la fuerza material como ley suprema del mundo, á los cuales ha de imputarse el progresivo y desmesurado aumento de aprestos militares, ó sea paz armada, comparable á los desastrosos efectos de la guerra en muchos aspectos.

Semejante lamentable confusión de ideas, ha hecho germinar en las clases populares la iniquidad, el malestar y el espíritu de rebeldía, de donde se siguen la agitación y los presentes desórdenes, que presagian tormentas más espantosas todavía. La miserable condición de parte del infimo pueblo, digno, ciertamente, de regeneración y amparo, sirve admirablemente á los propósitos de hábiles agitadores y de modo especial á los del socialismo, los cuales, prodigando á las clases más humildes toda suerte de falsos ofrecimientos, preparan la consecución de los más espantosos designios.

Quien se aventura por una pendiente peligrosa, cae forzosamente en el abismo. Con lógica que ha venido á vengar la conculcación de ciertos principios, hase organizado una verdadera asociación de criminales. Dotada de un instinto salvaje, desde sus primeras manifestaciones dejó consternado al mundo. A consecuencia de su sólida constitución y de

sus ramificaciones internacionales, en todas partes osa levantar su mano execrable, sin temor á ningún obstáculo y sin retroceder ante ninguna maldad. Renegando de todo vínculo social y menospreciando cínicamente las leyes, la religión y la moral, sus adeptos han tomado el nombre de "anarquistas" y se proponen destruir la sociedad actual por todos los medios que puedan sugerir una pasión ciega y salvaje. Y como la sociedad recibe la unidad y la vida de la autoridad que la rige, contra la autoridad dirige sus tiros la anarquía en primer término. ¿Cómo no estremecerse de horror é indignación, y al mismo tiempo de lástima, recordando el crecido número de víctimas del anarquismo en estos postreros años; emperadores, emperatrices, reyes, presidentes de poderosas Repúblicas, cuyo crimen consistía en la suprema autoridad de que estaban investidos?

Ante la inmensidad de males que agobian á la sociedad y de peligros que la amenazan, Nuestro deber Nos exige que advertamos de nuevo á los hombres de buena voluntad, sobre todo á los que ocupan puesto preeminente, que deben considerar, y á ello les conjuramos en este momento, los remedios que exige la presente situación, y, con previsorá energía, aplicarlos sin tardanza.

Ante todo conviene enterarse de estos remedios y aquilatar su valor. Lo que desde luego oímos ensalzar hasta los cielos es la libertad y sus beneficios, cosas en que se cifraba el remedio soberano y se veía un incomparable instrumento de orden fecundo y prosperidad. Pero los hechos han demostrado luminosamente que la libertad carecía de la eficacia que se la quiso atribuir. Conflictos económicos y luchas de clases estallaron por doquier, y no se ve apuntar por ningún lado la aurora del día que ha de traer la paz social. Mas prescindiendo de esto, y como cada cual puede comprobarlo por sí mismo, tal como se entiende hoy, es decir, concedida indistintamente á la verdad y al error, al bien y al mal, la libertad no conduce á otra cosa sino á rebajar todo lo noble, santo y generoso, y á franquear más libremente el paso al crimen, al suicidio y á las pasiones más abyectas.

También se ha sostenido que el fomento de la instrucción, dando á la multitud ilustración y cultura, bastaría para sustraerla de sus tendencias malsanas y contenerla en los lími-

te de la rectitud y la probidad. Mas la dura realidad ¿no nos está demostrando á cada paso para qué sirve la instrucción que no va acompañada de una sólida educación religiosa y moral? Por efecto de su inexperiencia y de la fermentación de las pasiones, el alma de la juventud sufre la fascinación de las doctrinas perversas y, singularmente de los errores que una prensa sin freno siembra á granel, los cuales, depravando á la vez la inteligencia y la voluntad, alimentan en la juventud el espíritu del orgullo y la insubordinación, que tantas veces altera la paz de las familias y de los pueblos.

También se cifraron grandes esperanzas en los progresos de la ciencia, y, ciertamente, la pasada centuria los ha visto bien grandes, bien inesperados, bien maravillosos. Pero, ¿es acaso cierto que tales progresos nos hayan procurado la plena y renovadora abundancia de frutos que de ellos esperaba el deseo de tantas gentes? Ciertamente que el vuelo de la ciencia ha abierto nuevos horizontes al entendimiento, y que ha ensanchado el imperio del hombre sobre las fuerzas de la materia, y que la vida terrena se ha suavizado en muchas cosas. Y, sin embargo, todos sienten y muchos reconocen que la realidad no corresponde á las esperanzas. Y no se puede negarlo cuando se contempla el estado de los ánimos y las costumbres, cuando se examina la estadística criminal, cuando se escuchan los sordos rumores que parten de abajo y se observa el predominio de la fuerza sobre el derecho. Sin mencionar todavía las muchedumbres que padecen miseria, basta una ojeada, aunque sea rápida, á cuanto pasa en el mundo, para comprobar que una indefinible tristeza embarga las almas y un inmenso vacío existe en los corazones.

El hombre ha podido hacerse dueño de la materia; pero la materia no ha podido darle lo que no tiene, y en las grandes cuestiones que se refieren á nuestros intereses más elevados, la ciencia humana no ha dado solución; la sed de verdad, el hambre de bien, el anhelo de lo infinito que nos devoran, no han podido saciarse, y ni los goces y los tesoros de la tierra, ni el aumento de las comodidades de la vida han podido calmar la angustia moral en el fondo de los corazones.

¿Habrá que mirar con desdén, habrá que renunciar á las

ventajas que trae consigo la instrucción, la ciencia, la civilización y una prudente y dulce libertad? Ciertamente que no. Al contrario; es preciso tenerlas en alta estima, conservarlas y acrecentarlas, como capital de sumo valor, porque constituyen medios que, de suyo, son buenos, y porque Dios los quiere y con su infinita sabiduría los ordena al bien y provecho de la familia humana. Mas es necesario subordinar su empleo á la voluntad del Creador y no separarlos nunca del elemento religioso, en el cual reside la virtud, que, juntamente con una eficacia especial, les comunica una verdadera fecundidad. Tal es la incógnita del problema. Cuando un ser orgánico perece y se corrompe, señal es de que ha cesado de experimentar la influencia de las causas que le constituyeron y dieron forma, y para verle otra vez sano y floreciente no hay duda que se ha de colocarle de nuevo bajo la acción vivificante de aquellas causas. Pues bien; la actual sociedad, en su loco intento de huir de su Dios, ha rechazado el orden sobrenatural y la revelación divina, y se ha sustraído así á la saludable eficacia del cristianismo, que es manifestamente la más sólida garantía de orden, el lazo más fuerte de fraternidad y el inagotable manantial de las virtudes privadas y públicas.

De tan sacrilego abandono nace el desorden que ahora la trabaja, y ésta descarriada sociedad debe volver al seno del cristianismo si le importan verdaderamente su calma, su salud y su bienestar.

Así como el cristianismo no penetra en un alma sin mejorarla, tampoco penetra en la vida pública de una nación sin establecer en ella el orden. Con la idea de un Dios que todo lo gobierna y que es infinitamente sabio, infinitamente justo é infinitamente bueno, el cristianismo infunde en la conciencia humana el sentimiento del deber, calma el sufrimiento, apacigua los odios y engendra héroes. Y si transformó la sociedad pagana, y esa transformación fué una resurrección verdadera, puesto que la barbarie fué desapareciendo á la medida que el cristianismo fué propagándose, también ahora, después de las terribles sacudidas de la incredulidad, sabrá volver á su verdadero camino y reinstaurar en el orden á los Estados modernos y las naciones contemporáneas.

Pero eso no es todo. La vuelta al cristianismo no será un remedio eficaz y completo si no implica la vuelta y un amor sincero á la Iglesia una, santa, católica y apostólica. El cristianismo encarna, efectivamente, en la Iglesia católica: se identifica con esta sociedad espiritual y perfecta, soberana en su esfera, que es el Cuerpo místico de Jesucristo y que tiene por cabeza visible al Pontífice romano, sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Esta Iglesia es continuadora de la misión del Salvador é hija y heredera de la redención; ha propagado el Evangelio y lo ha defendido á costa de su sangre, y segura de la asistencia divina y de la inmortalidad que le han sido prometidas, sin pactar jamás con el error, permanece fiel al mandato que recibió de difundir la doctrina de Cristo por todo el mundo y de conservarla en su inviolable integridad hasta el fin de los siglos.

Maestra legítima de la moral del Evangelio, no se manifiesta solamente como consoladora y redentora de las almas, sino también como manantial permanente de justicia y caridad y propagadora al mismo tiempo que tutora de la verdadera libertad y de la única igualdad posible acá en la tierra. Aplicando la doctrina de su divino Fundador, mantiene en prudente equilibrio y traza justos límites á todos los derechos y á todos los privilegios de la sociedad. La igualdad que predica la Iglesia no destruye la distinción entre las diversas clases sociales, sino que la conserva intacta, ya que hasta la misma naturaleza la impone. La libertad que otorga para oponer obstáculos á la anarquía de la razón, emancipada de la fe y abandonada á sí misma, no lesiona los hechos de la verdad porque son superiores á los de la libertad, ni los derechos de la justicia, porque son superiores á los del número, y la fuerza ni los derechos de Dios, porque son superiores á los del hombre.

La Iglesia no es menos fecunda en bienes para el hogar doméstico, porque no solamente combate á los perversos artificios que la incredulidad pone en juego á fin de destruir la vida de la familia, sino que prepara, además, y protege la unión y la estabilidad conyugales, cuyo honor, fidelidad y santidad ampara y fomenta. Al mismo tiempo cimenta y sostiene el orden civil y político, ofreciendo, de una parte, eficaz auxilio á la autoridad y, de otra, mostrándose favora-

ble á las justas aspiraciones de los súbditos y á toda reforma prudente; inculcando el respeto á los príncipes y la obediencia que se les debe, y defendiendo los derechos imprescriptibles de la conciencia sin cansarse jamás. Y así es cómo, gracias á ella, los pueblos sometidos á su influencia no han temido verse esclavizados, porque la Iglesia ha detenido á los príncipes cuando les ha visto lanzarse por la pendiente de la tiranía.

Enteramente seguro de esta divina eficacia, desde el principio de Nuestro Pontificado Nos aplicamos cuidadosamente á poner en claro y hacer resaltar los benéficos designios de la Iglesia; á difundir, cuanto fuere posible, el tesoro de su doctrina y ensanchar el campo de su saludable acción. A este fin se encaminan los principales hechos de Nuestro Pontificado, singularmente las Encíclicas sobre la "Filosofía cristiana," "La Libertad humana," el "Matrimonio cristiano," la "Francmasonería," los "Poderes públicos," la "Constitución cristiana de los Estados," el "Socialismo," la "Cuestión obrera," los "Deberes de los ciudadanos cristianos" y otros asuntos semejantes. Mas el ardiente deseo de nuestra alma no se reducía á iluminar las inteligencias, sino que, además, quisimos mover y purificar los corazones dirigiendo todos Nuestros esfuerzos á que de nuevo florezcan en las naciones las virtudes cristianas. Por lo cual, no cesamos de prodigar estímulos y consejos, á fin de levantar los espíritus hasta los bienes inmarcesibles, y de este modo ponerles en condiciones de que subordinen el cuerpo al alma, la peregrinación terrena á la vida celestial, el hombre á Dios.

Bendita por el Señor, Nuestra palabra ha podido contribuir á afirmar las convicciones de gran número de hombres, á iluminarlos con nueva luz en medio de las dificultades de los presentes problemas, á estimular su celo y á promover variedad de obras. Para bien principalmente, de las clases desheredadas se han fundado esas obras y siguen fundándose todavía en todas las naciones, porque en todas se ha visto revivir esta caridad cristiana que siempre ha hallado en el pueblo su predilecto campo de acción. Si la cosecha no ha sido más abundante, adoremos á Dios, misteriosamente justo y pidámosle, Venerables Hermanos, que se apiade de

tantas almas ciegas, á quien desgraciadamente puede aplicarse la tremenda sentencia del Apostol: "El Dios de este siglo ha cegado el entendimiento de los infieles para que no les alumbre la luz del Evangelio de la gloria de Cristo." (1)

Cuanto más abarca el celo que anima á la Iglesia de procurar el bienestar moral y material de los pueblos, con más odio se levantan contra ella los hijos de las tinieblas y recurren á toda suerte de medios para empañar su divina belleza y paralizar su acción vivificante y redentora. ¡Qué de sofismas y calumnias propagan! Una de las invenciones más péfidas consiste en repetir continuamente á la multitud ignorante y á los gobiernos envidiosos, que la Iglesia se opone á los progresos de la ciencia, que es enemiga de la libertad, que usurpa los derechos del Estado y que en todo momento invade el campo de la política; insensatas acusaciones, mil veces repetidas, pero también mil veces refutadas por la sana razón, por la historia y por cuantos hombres tienen corazón noble, amigo de la verdad.

¿La Iglesia enemiga de la ciencia y la enseñanza? ¡Ah! Ciertamente que la Iglesia es la vigilante depositaria del dogma revelado, pero esta misma vigilancia la inclina á proteger la ciencia y á favorecer la sana cultura de los entendimientos. No; al abrir la inteligencia á las revelaciones del Verbo, verdad suprema de quien dimanar originalmente todas las verdades, el hombre no comprometerá nunca, ni de ningún modo, sus conocimientos racionales, por que, muy al contrario, la luz que recibe de la esfera sobrenatural comunica más vigor y claridad al espíritu humano, y en las cuestiones más importantes le preserva de múltiples errores y de angustiosa incertidumbre. Diez y nueve siglos de gloria, conquistada por el catolicismo en todos los ramos del saber, vastan sobradamente para refutar semejante calumnia. A la Iglesia católica corresponde el mérito de haber propagado y defendido la sabiduría cristiana, sin la cual el mundo yacería aún en las sombras de la superstición pagana y en la abyecta barbarie; á la Iglesia se debe la conservación y la transmisión á las generaciones del precioso tesoro de las letras y la ciencia antigua, y el establecimiento de escuelas

[1] II. Corint., IV, 4

populares, y la fundación de Universidades, que existen todavía y aún son famosas; y, finalmente, el haber sido inspiradora de la literatura más pura, más gloriosa y más elevada, y el haber amparado, bajo sus alas tutelares, á los mayores ingenios cultivadores del arte.

¿La Iglesia enemiga de la libertad? ¡Ah! ¡Cómo desfiguran la idea de la libertad, que corresponde á uno de los dones más preciosos que hemos recibido de Dios, los que explotan su nombre para justificar el exceso y el abuso! ¿Qué debe entenderse por libertad? ¿La exención de toda ley, la ausencia de todo freno, y como corolario, el derecho á seguir en todas las acciones los dictados del capricho? Pues, ciertamente, la Iglesia reprueba esta libertad, y con ella la reprueba todo hombre honrado. Pero, ¿se entiende por libertad la facultad racional de hacer el bien ampliamente, sin trabas, conforme á las reglas establecidas por la justicia eterna? Pues esta libertad, única digna del hombre y útil á la sociedad, no tiene quien más la favorezca, ni quien más la fomente, ni quien la proteja más que la Iglesia. Y, en efecto, por la virtud de su doctrina y la eficacia de su acción, la Iglesia libertó á la humanidad del yugo de la esclavitud, predicando al mundo la gran ley de la fraternidad y la igualdad humanas. En todos los siglos salió á la defensa de los oprimidos y los débiles contra la arrogante dominación de los poderosos: reivindicó la libertad de la conciencia cristiana, vertiendo á raudales la sangre de sus mártires; restituyó al niño y á la mujer la dignidad y las prerrogativas de su noble naturaleza, haciéndoles participar á los mismos derechos de respeto y justicia, y de esta manera la Iglesia concurrió ampliamente á introducir y conservar la libertad civil y política en el seno de las naciones.

¿La Iglesia usurpadora de los derechos del Estado é invasora del campo político? La Iglesia sabe y enseña que su divino Fundador declaró que había de darse al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, y que de esta manera sancionó el inmutable principio de la perpetua distinción entre las dos potestades y las dos soberanías en sus respectivas esferas; distinción fecunda, que contribuyó ampliamente al desarrollo de la civilización cris-

tiana. Ajena á todo pensamiento hostil al Estado, la Iglesia no mira en su espíritu de caridad sino á caminar paralelamente á los poderes públicos para influir en los mismos súbditos que estos poderes, que son los hombres, y en la misma sociedad, mas por modos y con los fines elevados que le asignan su divina misión. ¡Pluguiera á Dios que su acción fuese acogida sin desconfianza ni sospechas, porque así se multiplicarían los innumerables beneficios de que acabamos de hablar! Acusar á la Iglesia de tener miras ambiciosas, no es sino repetir una antiquísima calumnia de que sus poderosos enemigos se han valido más de una vez para disimular su propia tiranía; y la historia, cuando se la estudia desapasionadamente, muestra con claridad que, lejos de ser opresora, la Iglesia ha sido multitud de veces víctima de la opresión y de la injusticia, lo cual estriba en que su fuerza consiste, no en el poder de las armas, sino en el del pensamiento y la verdad.

Ciertamente, tales acusaciones no se han lanzado contra la Iglesia sino por perversa intención y constituyen una obra perniciosa y desleal, al frente de la cual va, ejecutándola antes que nadie, una secta tenebrosa que la sociedad soporta hace muchos años, y que, á modo de germen mortífero, contamina su reposo, su fecundidad y su existencia. Personificación permanente de la revolución, firma una especie de sociedad vuelta del revés, que tiene por objeto ejercer una especie de oculto dominio sobre la sociedad pública, y cuya razón de ser consiste únicamente en la guerra que mueve á Dios y su Iglesia. No es necesario nombrarla porque en estos rasgos nadie habrá dejado de descubrir á la francmasonería, de que expresamente hablamos en Nuestra Enciclica «Humanum genus,» de 20 de abril de 1884, denunciando sus tendencias malsanas, sus erróneas doctrinas, su obra funesta. Abarcando con sus inmensas redes á casi la totalidad de las naciones y relacionándose con otras sectas, á quien hace moverse por secretos hilos; atrayendo al principio y conservando luego sus afiliados con el cebo de las ventajas que les procura; y unas veces con promesas y otras con amenazas sujetando los gobiernos á sus designios, esta secta ha conseguido filtrarse en todas las clases de la sociedad y viene á ser como un Estado invisible é irresponsable den-

tro del Estado legítimo. Llena del espíritu de Satanás que, cuando le conviene, como dice el Apóstol, sabe transformarse en ángel de luz (1), aparenta tener un fin humanitario, aunque lo sacrifica todo á sus proyectos de sectas; protesta de ser extraña á toda mira política, mas ejerce realmente una acción profunda en la vida legislativa y administrativa de los Estados; y mientras se declara, de palabra, respetuosa de la autoridad y aun de la religion, su fin supremo (como sus estatutos lo prueban) consiste en la exterminación del imperio y el sacerdocio, á quien juzga enemigos de la libertad.

Ahora bien; cada día se hace más patente que á la inspiración y la complicidad de esta secta hay que atribuir en gran parte los vejámenes que padece la Iglesia y el recrudescimiento de los ataques que recientemente se le han dirigido. Porque la simultaneidad de la persecución que repentinamente ha estallado en estos últimos tiempos, como la tormenta en un cielo despejado, es decir, sin causa correspondiente al efecto; la identidad de los medios puestos en juego para preparar esta persecución, á saber: campañas de prensa, reuniones públicas, producciones teatrales; el empleo en todas las naciones de iguales armas, calumnias y movimientos populares, todo, todo declara verdaderamente la identidad de propósitos y la existencia de una sola consigna, salida de un mismo y único centro de dirección. Pero esto no es sino mero episodio de un plan, trazado de antemano y manifiesto en las acciones que se ejecutan en un campo más extenso cada vez, para multiplicar más facilmente las ruinas que acabamos de ennumerar. Así es como se trata de restringir desde luego y después suprimir enteramente, la enseñanza religiosa; formando generaciones de incrédulos é indiferentes; de combatir la moral de la Iglesia por medio de los periódicos diarios; de ridiculizar, en fin, sus prácticas y profanar sus sagradas fiestas.

Nada más natural que así suceda desde el momento en que el sacerdocio católico, que tiene precisamente por fin predicar la religion y administrar sus sacramentos, es ata-

[1] II Corint., XI. 14

cado con particular encarnizamiento. Formándolo como punto de mira, la secta quiere disminuir á los ojos del pueblo su prestigio y su autoridad. De manera que creciendo su audacia de hora en hora y en proporción de la impunidad que cree tener asegurada, interpreta de una manera maligna todos los actos del clero, tiene recelo de sus actos más inocentes y la abrumba de las más bajas acusaciones. Con semejante sistema los nuevos perjuicios se agregan á los que ya pesaban sobre el clero tanto con motivo del tributo que debe pagar al servicio militar, grande obstáculo para la preparación sacerdotal, como por motivo de la confiscación del patrimonio eclesiástico que los fieles habían constituido libremente en virtud de su piadosa generosidad.

En cuanto á las órdenes y congregaciones religiosas, la práctica de los consejos evangélicos hacían de ellas una gloria tanto de la sociedad como de la religion y solamente á los ojos de los enemigos de la Iglesia aparecen culpables, y de allí que se les haya denunciado y entregado implacablemente al desprecio y á la animosidad de todos. Nos sentimos un dolor inmenso al recordar las medidas odiosas, inmerecidas y en alto grado condenadas por todos los corazones honrados, de que hace muy poco tiempo todavía han sido víctimas los religiosos. Nada ha bastado á salvarlos, ni la pureza de su vida, respetada por sus mismos enemigos, ni el derecho natural que autoriza las reuniones con fines honestos; ni el derecho constitucional que proclama muy alto la libertad; ni el cariño de los pueblos lleno de agradecimiento por los valiosos servicios que aquellos han prestado á las artes, á las ciencias, á la agricultura y por la caridad que han hecho desbordar sobre las elases más numerosas y pobres de la sociedad. Así es como hombres y mujeres, salidos del pueblo que espontaneamente habían renunciado á los goces de la familia para consagrarse al bien de los demás en pacíficas asociaciones, sacrificando su juventud, sus talentos, sus energías, su vida misma, han sido tratados como malhechores, como si formaran parte de sectas criminales y han sido privados del derecho que los ampara y han sido proscritos á otras tierras en un tiempo en que por todas partes no se habla más que de libertad.

Y no hay que sorprenderse de que los hijos más ameritados sean tratados de ese modo si el Padre mismo, es decir el Jefe de la Cristiandad, el Pontífice Romano es tratado de igual manera. Los hechos son bien conocidos. Despojado de la soberanía temporal y privado por esto mismo de la independencia que le es necesaria para llenar su misión universal y divina; obligado en esta misma Roma que le pertenece, á encerrarse en su propia morada, por que un poder contrario lo acechaba por todas partes, ha quedado reducido, apesar de las seguridades irrisorias de respeto y de unas promesas de libertad bien precarias, á una condición anormal injusta é indigna de su alto ministerio. Por Nos mismo sabemos demasiado cuántas dificultades se nos suscitan á cada instante, disfrazando nuestras intenciones y ultrajando nuestra dignidad. Las pruebas á que se nos sujeta es real, y cada día es más y más evidente; y es que se ha querido destruir el poder espiritual del Jefe de la Iglesia cuando se ha puesto la mano sobre el poder temporal del papado. Los que fueron verdaderos autores de esta espoliación no han vacilado en confesarlo.

Juzgando por las consecuencias, ese hecho no solamente ha sido impolítico sino que ha revestido el carácter de un atentado antisocial por que los golpes que se acestan á la religión son otros tantos golpes aplicados al corazón mismo de la sociedad.

Formando al hombre como un ser destinado á vivir con sus semejantes, Dios en su infinita providencia fundó la Iglesia, y según la expresión bíblica, la estableció sobre la montaña de Sion á fin de que sirviese de antorcha y que con sus rayos fecundos hiciese circular el principio de vida en los infinitos repliegues de la sociedad humana, dándole reglas de una sabiduría celestial merced á las cuales pudiera establecerse en el orden y de la manera que las conviniera mejor. Así, pues, á medida que la sociedad se separa de la Iglesia, parte considerable de su fuerza se la ve decaer y las ruinas se multiplican en su seno, porque se separa lo que Dios ha querido esté unido.

En cuanto á Nos nunca nos hemos cansado, en todas las ocasiones que hemos tenido á la mano, de inculcar esas grandes verdades, y hoy hemos querido hacerlo una vez más, de

una manera expresa en esta ocasión extraordinaria. ¡Plegue á Dios que los fieles, sintiéndose valerosos y fortalecidos hagan converger más eficazmente hacia el bien común todos sus esfuerzos, á que nuestros adversarios abran los ojos y comprendan la injusticia que cometen al perseguir á la madre más amante y á la bienhechora más fiel de la humanidad!

Nos no queremos que el recuerdo de los dolores presentes, abata á los fieles ni debilite la entera y plena confianza que deben tener en la asistencia divina, porque Dios mandará á su hora y por sus caminos misteriosos, el triunfo definitivo. En cuanto á Nos, por grande que sea la tristeza que llene nuestro corazón, no dudamos de los inmortales destinos de la Iglesia. Como lo dijimos al principio, la persecución está en su papel ó cumple su destino, probando y purificando á los fieles, hace que Dios reserve para ellos unos tesoros más preciosos y más altos; y si Dios aparentemente abandona en estas luchas á la Iglesia, no le escasea su divina asistencia, sino que le proporciona medios imprevistos y nuevos que le aseguran la existencia y le facilitan el desarrollo de sus obras, sin que los poderes conjurados contra ella lleguen á destruirla. Diecinueve siglos de una vida que ha corrido entre el flujo y reflujo de las vicisitudes humanas, nos enseña que las tempestades pasan sin que jamás lleguen á sepultarla en el abismo.

Podemos permanecer tanto más firmes en la confianza divina, cuanto que el presente mismo encierra síntomas inequívocos, que nos permiten abrigar esa esperanza. Las dificultades son extraordinarias, formidables, no hay para qué negarlo; pero en cambio ciertos hechos que se desarrollan á nuestros ojos, aseguran que Dios cumple sus promesas con admirable sabiduría y bondad. Mientras innumerables fuerzas conspiran contra la Iglesia, ésta avanza sin embargo privada de todo auxilio, de todo apoyo humano; y no es cierto que ella prosigue su camino por el mundo y lleva adelante su obra gigantesca extendiendo su acción entre las naciones más diversas y bajo todos los climas?

Vencido por Jesucristo el príncipe de las tinieblas, éste no podrá ya ejercer su poder altanero como en otro tiempo, y los esfuerzos de Satanás nos suscitarán ciertamente, algunos

males, pero ellos no llegarán á su fin. Una paz sobrenatural, debida al Espíritu Santo, que cubre á la Iglesia con sus alas y que vive en su seno, reina ya, no sólo en el alma de los fieles, sino también en toda la cristiandad; paz que se desarrolla con serenidad, merced á la unión, más y más estrecha cada día, más y más confiada, del Episcopado con esta Sede Apostólica; unión que hace un contraste maravilloso con la agitación, las disenciones y la fermentación continua de las sectas que altera la paz de la sociedad. Esa unión armoniosa existe también entre los Obispos y su clero, y es fecunda en innumerables obras de celo y de caridad.

Finalmente, se encuentra entre el clero y los laicos católicos, quienes más unidos y más despojados de respetos humanos que nunca, se agrupan y se organizan con una emulación generosa para defender la causa santa de la religión. ¡Oh! esa es la unión que Nos hemos recomendado frecuentemente y que recomendamos de nuevo ahora, bendiciéndola, á fin de que se desarrolle más y más ampliamente para que pueda oponerse, como un muro indestructible, á la fogosa violencia de los enemigos del nombre divino.

Nada es, pues, más natural que, á semejanza de las simientes que germinan al pie del árbol, renazcan, se fortifiquen y se multipliquen las innumerables asociaciones que Nos vemos florecer con júbilo en nuestros días, en el seno de la Iglesia. Se puede decir que ninguna forma de la piedad cristiana ha sido olvidada, porque se trata de Jesucristo mismo y de sus adorables misterios, ó de su Santa Madre ó de los Santos cuyas insignes virtudes han brillado más. Igualmente, ninguna de las varias formas de la caridad ha dejado de practicarse, y por todas partes se ha rivalizado en celo por instruir cristianamente á la juventud, para cuidar á los enfermos, para moralizar al pueblo y para volar en socorro de las clases más desvalidas. ¡Con qué rapidez se propagaría ese movimiento y cuántos preciosos frutos rendiría, si á él no se opusiesen disposiciones injustas y hostiles, á las cuales hay que sustraerse con mucha frecuencia!

Dios, que da á la Iglesia una vitalidad tan grande en los países civilizados, y en donde se halla establecida desde hace muchos siglos, quiere aun consolarnos con otras esperanzas. Esas esperanzas las debemos al celo de los misioneros. Sin

dejarse vencer por los peligros, por las privaciones y por los sacrificios de todo género que tienen que imponerse, se multiplican y conquistan para el Evangelio y la civilización comarcas enteras. Nada puede abatir su constancia, por más que, como aconteció al Divino Maestro, no recoge muchas veces, más que acusaciones y calumnias, en recompensa de sus infatigables trabajos.

Las amarguras, pues, de estos tiempos están suavizadas por consuelos muy dulces, y, en medio de las luchas y de las dificultades que son nuestro patrimonio, tenemos muchas cosas con que aliviar nuestra alma, y que nos hacen esperar. Este es un hecho que debería sugerir útiles y sabias reflexiones á cualquiera que observe el mundo con atención y sin dejarse cegar por la pasión; porque él prueba que Dios no ha hecho al hombre olvidadizo de cuanto se refiere á su fin último y que le ha hablado siempre como le habla todavía hoy á su Iglesia, visiblemente sostenida por su asistencia divina, mostrando claramente el camino que conduce á la salvación y á la verdad.

Por esta razón, aquella celestial solicitud debe llenar nuestro corazón de una esperanza inagotable: ella nos persuadirá de que la hora señalada por la Providencia en un porvenir que no está lejano, la verdad, rasgando las nieblas con las cuales se procura velarla, resplandecerá más brillante que nunca, y el Espíritu del Evangelio derramará de nuevo la vida en el seno de nuestra corrompida sociedad y reanimará sus miembros agotados.

Nos, por Nuestra parte, Venerables Hermanos, no dejaremos de procurar que se apresure el día de las Misericordias del Señor, cooperando activamente como es nuestro deber, á la defensa é incremento de su reino en la tierra. A vosotros no tenemos exhortaciones que dirigir. Nos es bien conocida vuestra solicitud pastoral. Ojalá que la llama que arde en vuestros corazones se transfunda siempre más y más á todos los ministros del Señor que comparten vuestros trabajos. Ellos se encuentran en contacto con el pueblo, y conocen sus aspiraciones, sus necesidades, sus sufrimientos y también las asechanzas y las seducciones de que está rodeado. Si, llenos del espíritu de Jesucristo, y manteniéndose en una esfera superior á las pasiones políticas, unen su acción á

la vuestra, lograrán con la bendición de Dios obrar maravillas ilustrando las multitudes con la palabra, atrayendo los corazones con la suavidad en el modo, ayudándoles caritativamente en la progresiva mejoría de su condición. El clero se verá igualmente corroborado con la acción inteligente y operosa de todos los fieles de buena voluntad: así los hijos que hayan gustado las caricias de su tierna Madre la Iglesia, las pagarán condignamente con acudir á la defensa de su honor y sus glorias. Cada uno puede contribuir á esta obra, que al mismo tiempo que constituye un altísimo deber, es en sumo grado meritoria: los doctos y los literatos, con la apología y la prensa cotidiana, instrumento poderoso de que tanto abusan nuestros adversarios; los padres de familia y los maestros, con la cristiana educación de los hijos; los magistrados y representantes del pueblo, con la firmeza en los buenos principios y la integridad de carácter: todos con profesar sin respeto humano sus propias creencias.

Tal es el deber de los católicos: el éxito final está en las manos de Aquel que con amor y sabiduría vela sobre su inmaculada Esposa, y del cual está escrito. "Jesus Christus heri et hodie: ipse et in saecula." A El en este instante dirigimos humilde y ferviente Nuestra plegaria; á El, que amando con amor infinito á la errante humanidad, se hizo su víctima expiatoria en la sublimidad del martirio; á El, que sentado, aunque invisible, en la mística nave de su Iglesia, puede, mandando al mar y á los vientos agitados, sosegar la tormenta. Sin duda Venerables Hermanos, vosotros suplicareis con fervor en compañía de Nos á ese Divino Maestro, que los males que agobian á la sociedad disminuyan, y que los esplendores de luz del cielo iluminen á aquellos que acaso más por ignorancia que por malicia, odian y persiguen á la religión de Jesucristo, y que todos los hombres de buena voluntad se unan estrecha y santamente para obrar. ¡Pueda apresurarse el triunfo de la verdad y de la justicia y que la gran familia humana vea aparecer días mejores, días de tranquilidad y de paz!

Baje entretanto como prenda de las gracias más escogidas, sobre vosotros y sobre los fieles á vuestro cuidado cometidos, la Bendición Apostólica que de todo corazón os enviamos.

Dado en Roma, junto á San Pedro el 19 de marzo de 1902, año vigésimo quinto de Nuestro Pontificado.

### *Leon Papa XIII.*

Nos permitiremos repetir y brevemente declarar, amados hermanos é hijos nuestros, los medios que el Papa nos propone para conseguir la realización de sus nobles aspiraciones que han de serlo de todo hijo de la Iglesia.

A vosotros, ministros del Señor, os pide el Supremo Pastor de la Iglesia que llenos del Espíritu de Jesucristo (que es espíritu de amor y sacrificio) y manteniéndoos en una atmósfera superior á las pasiones políticas, esto es, ajenos á toda mira de partidos, ilumineis á los pueblos con la predicación de la palabra divina, medio admirable de que Dios siempre se ha valido para regenerar á las naciones, atrayendo los corazones con la dulzura de vuestros modales, dulzura digna del ministro de Cristo, quien decía de sí, *aprended de mi que soy manso y humilde de corazón*, y prestandoos con caridad verdaderamente cristiana á mejorar las condiciones de vida de los pobres, por los medios que la misma caridad cristiana os sugerirá, según la diversidad de las circunstancias.

Además, á los fieles, el mismo Sumo Pontífice amonesta y enseña cómo cada uno podrá contribuir á obra de tan grande trascendencia y de tanto merecimiento.

El hombre de estudios, instruido, docto y literato con publicaciones y artículos, en defensa de la Iglesia, ó en favor de la moral y dogma católicos; los padres de familia y maestros con la cristiana educación de los niños; los magistrados y representantes del pueblo con la firmeza en los buenos principios é integridad en el desempeño de sus funciones, y, todos, con profesar sin respeto humano las propias creencias.

Los medios de que ha echado mano la impiedad y la masonería entre nosotros, para hacer del México católico un país indiferente y precipitarlo á los abismos de la incredulidad, son la prensa y la instrucción.

Deberes, pues, y muy graves, son de los católicos, si no quieren cooperar á la obra de la descatolización de la Patria ni hacerse cómplices de los perseguidores de la Religión:

1º No comprar ni leer libros, novelas ó periódicos que no sean conocidos como católicos. En esta materia, contraen gran responsabilidad de conciencia, los que admiten publicaciones de cualquiera clase, cuyas ideas sean positivistas, liberales, indiferentistas ó de cualquier otro sistema condenado por la Iglesia, y, como los fieles no pueden ser jueces en estas materias, antes de leer ó comprar esas publicaciones, han de consultar con sus confesores ó Párrocos.

2º Contribuir, en cuanto cada uno pueda, á la prosperidad de la prensa católica, quiénes con escritos, y quiénes con suscripciones.

3º Procurar por todos los medios posibles la educación é instrucción cristianas de los niños. En este punto faltan también, y *muy gravemente á sus deberes*, los padres de familia que, teniendo escuelas católicas donde educar á sus hijos, no se valen de ellas sino que dejan á los niños crecer en la ignorancia de la Religión: faltan igualmente á una de las más estrechas obligaciones del cristiano los que, teniendo en sus respectivas parroquias, la instrucción del catecismo, no acuden con regularidad á los templos ó lugares en que se da dicha instrucción, de las principales verdades que el hombre debe creer, y obligaciones que debe cumplir, para poder conseguir la vida eterna.

4º Despreciar el respeto humano, es decir, no dejar de cumplir con ningún deber de cristianos, por temor á las burlas de los hombres, antes por el contrario, con la debida libertad, pero sin ostentación, cumplir con esos mismos deberes y con las demás prácticas que, sin ser obligatorias, son muy adecuadas para confirmarse el hombre en la fe, y, principalmente, en la caridad. En lo cual los padres de familia recuerden que, para cumplir con el deber de educar cristianamente á la familia, han de ser ellos los primeros en las prácticas religiosas, procurando que toda la familia los acompañe. Así es como se irán conservando esas costumbres santas de oír la Sta. Misa, aun en días de trabajo; de frecuentar los Sacramentos; de oír á menudo la palabra de Dios; de rezar diariamente el Sto. Rosario; de nunca omitir los actos del cristiano por la mañana y por la noche; de pedir á Dios y agradecerle el alimento del cuerpo, y otras muchas que la piedad cristiana indica, según las circunstancias de tiempo y lugar.

Aquí tenéis, muy de prisa expuestos, los saludables remedios que el P. Santo nos enseña para contrarrestar los estragos de la persecución contra la Iglesia: ¡Dios quiera que así como los habéis oído con santo recogimiento los cumplais con fidelidad!

Volviendo ahora al fausto aniversario del Sumo Pontífice, hemos tenido á bien disponer para celebrarlo como es propio de sus amantes hijos, además de lo mandado en el Edicto de 28 de Noviembre de mil novecientos uno,

Los párrocos y capellanes con la debida anticipación advertirán á los fieles que, el Domingo 29 de Junio, fiesta de Stos. los Apóstoles San Pedro y San Pablo lleven la limosna que su piedad les sugiera á la parroquia ó Iglesia en donde oyeren misa, para reunir el óbolo que este año la Diócesis de León ha de ofrecer al Padre Santo.

Reunidas esas limosnas en cada parroquia ó iglesia serán remitidas cuanto antes á la Secretaría del Obispado por los respectivos Párrocos ó Capellanes.

Para terminar, os exhortamos á todos y cada uno Venerables hermanos y amados hijos nuestros á unir vuestras oraciones con las del Santo Padre pidiendo al Señor, con toda clase de buenas obras, que se apresure el tiempo de la verdad y de la justicia.

Esta carta se leerá, en todas las Iglesias de la Diócesis, en dos partes á juicio de los Párrocos y Capellanes, inter misarum solemnía en los dos días festivos próximos despues de recibida.

Os enviamos á todos, amados hermanos é hijos nuestros, pastoral bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

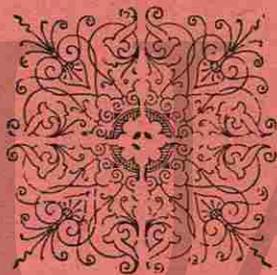
Dada en la Casa Episcopal de León, firmada, refrendada y sellada, según estilo, á los diecinueve días del mes de Mayo de mil novecientos dos.

LEOPOLDO,  
OBISPO DE LEÓN.

Por mandato de S. S. Ilma.

Angel Martínez,

Secretario. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA



003